

Walter Benjamin: Reflexiones en torno a la juventud o La bella durmiente

ÓSCAR JUÁREZ ZARAGOZA*

e-mail: filosofia-1974@hotmail.com

Recepción: 15-05-2011

Aprobación: 10-06-2011

RESUMEN

Quien espiritualiza una obviedad se encuentra de pronto ante una verdad profunda, solía afirmar Walter Benjamin. Que tenía razón, lo prueba (entre otras cosas) la atención que dedicó algún día al análisis de la historia de *La bella durmiente*, tal como nos lo recuerda en este ensayo Óscar Juárez Zaragoza. Y así, sin tantos rodeos, se establece aquí (según los preceptos del filósofo judío) un parangón entre la juventud y la protagonista del cuento: la juventud es bella porque tiene la potencia y la voluntad para pasar revista críticamente a las convenciones sociales, no obstante, permanece dormida por la conformidad que muestra ante el mundo tal y como se le presenta. La senectud conservadora (entiéndase la bruja mala) ha erigido un cúmulo de instituciones que mantienen hechizado al espíritu juvenil. A pesar de lo cual, el autor de este texto se atreve a afirmar que en un momento dado, no se sabe cómo ni cuándo, la juventud despertó, pero no era el momento adecuado, así que en vez de durmiente ahora *la bella permanece adormilada*. En este estado de semiinconsciencia, las producciones juveniles han de resultar necesariamente huera y sólo útiles para el usufructo capitalista.

Palabras clave: Walter Benjamin, La bella durmiente, ímpetu juvenil.

* Cursó la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Autónoma del Estado de México, también cuenta con una Maestría en Humanidades: Filosofía Contemporánea. Actualmente imparte clases en la Licenciatura en Filosofía en la Facultad de Humanidades de esta Universidad.

ABSTRACT

Walter Benjamin used to say that whoever spiritualizes the obvious sooner or later finds himself before a profound truth. That he was right is proved (among other things) by the interest he once showed in the story of *The sleeping Beauty* as Oscar Juárez Zaragoza reminds us in this article. Thus Benjamin establishes a direct comparison between youth and the heroine of the fairy tale. Youth is beautiful because it has the strength and the will to scrutinize social conventions critically but it also remains asleep because of its conformism in the face of the world and the way in which it appears to it. Conservative senility (that is to say, the wicked witch) has created a series of institutions that keep the spirit of youth bewitched. In spite of this, the author of this article states that at a given moment, no one knows how or when, youth awoke although it was not at the appropriate time with the result that, instead of sleeping, *Beauty remains half asleep*. In this semiconscious state, juvenile productions are necessarily hollow and useful only to capitalism.

Keywords: Walter Benjamin, *The sleeping Beauty*, youthful impetus.

No tengo la menor duda de que todos conocemos la historia de *La bella durmiente*, ya sea porque alguna vez, de pequeños, nuestros padres nos la contaron o por el usufructo económico que las compañías comerciales obtienen de ella en películas, posters, juguetes, entre tantas otras formas de explotarla. No menos cierto es que solemos verla como propia para párvulos, más aún, para niñas o, en el peor de los casos, como uno de esos tantos abusos efectuados sobre una hermosa historia por la rapiña capitalista. De ahí que pocas veces detengamos la atención en ella; la mirada adulta suele ser despectiva respecto a su contenido así como hacia muchas obras de su tipo. Sin embargo, para la mirada de Benjamin, es en esas pequeñas cosas ordinarias, en lo cotidiano, donde muchas veces el filósofo recibe el gesto, la mirada, la señal de la expresión divina que le invita a reflexionar; señal a la cual los otros permanecen indiferentes, tal como le sucede al enamorado, en donde el guiño, la sonrisa de la amada, la mirada amable es ya la señal de ser el elegido mientras los otros permanecen ciegos ante estos signos. Benjamin no se cansó nunca de recorrer las calles parisinas para descubrir en sus laberintos el motivo del pensar. Comentándolo Ricardo Forster nos dice:

“Aprender” a perderse para descubrir los secretos de la ciudad como lo quería Benjamin, y como lo intentó infatigablemente en sus largos periplos por las calles parisinas, es, sospechamos, el secreto para penetrar su propia obra, la única manera de escapar al peligro de encasillarlo, de convertirlo en “marxista” o en “cabalista”; “aprender” a perderse entre los laberintos de su escritura, recorrer expectantes el sonido no siempre armónico, seguir huellas, señales minúsculas, gestos olvidados, es ser fieles al “espíritu” de *flâneur* que siempre acompañó su vagabundeo intelectual (Forster, 1991:14).

Benjamin solía comentar: «*Según mi experiencia, quien profundiza (o espiritualiza, como me gustaría decir) una obviedad se encuentra de pronto ante una verdad profunda*». En uno de sus recorridos por los laberintos de la escritura, alguna vez centró su atención en la historia de *La bella durmiente* como metáfora para reflexionar en torno a la juventud, la elección es ciertamente más que adecuada. Desmenuzando esta metáfora saldrá a la luz su genialidad reflexiva.

La metáfora para reflexionar sobre la juventud dice: la bella durmiente. La lectura impetuosa de la historia suele apresurarse a descubrir las

causas del dormir, así pregunta: *¿por qué duerme la bella?* Para Benjamin, si bien eso es importante, hay necesidad de una pregunta anterior. Con gran acierto pregunta: *¿por qué es bella la que duerme?* Nuestra mentalidad formada bajo la influencia griego-hollywoodense relaciona inmediatamente la belleza de la bella con el aspecto físico: rostro cincelado, senos voluptuosos, caderas amplias, dientes alineados y blancos, cintura estrecha, ojos verdes o azules, entre otras tantas exigencias que desde el antiguo arte griego hasta las exigencias actuales de la moda siguen siendo el canon de la belleza. Homero y Fidias nos legaron, —el uno con las palabras, el otro con el cincel— lo que después de tantos años hemos podido resumir en la frase coloquial: *bueno y bonito*.

No obstante, ni tan siquiera en el cuento original lo físico agota la belleza de la bella. En ella encontramos cualidades que, por sí mismas, llevan a su culmen la belleza de la durmiente: bondad, fidelidad, virtud, clemencia, amistad, integridad, por citar algunas, son rasgos esenciales para que la bella sea realmente bella. Por algunas se hace acreedora al odio que motiva el terrible hechizo bajo cuyo efecto duerme, por otras será feliz por siempre al lado del príncipe que la despierta.

Ahora bien, *para Benjamin la bella durmiente es la juventud*. Es cierto que, temporalmente hablando, en la juventud se presenta la mayor lozanía física, es la época moza. Pero, al igual que en el cuento, lo físico no tiene importancia alguna, se trata más bien de otra cosa; para el filósofo judío la juventud es bella porque tiene lo que es primordialmente juvenil, es decir, la fe en el ideal y el sacrificio que logra permanecer inquebrantable aunque el ideal sea irrealizable por completo o resulte desdichado. En otros términos es potencia, voluntad, intensidad, motor de producción de lo espiritual mediante la revisión de los valores, de la costumbre y la convención social. La juventud es bella en tanto es capaz de concebir, sostener y efectuar el ideal, sin amedrentarse nunca por las posibles consecuencias. Es más bien en esta intensidad, no pocas veces ciega, en donde encuentra el cauce que le permite arremeter contra la esclerosis social, contra el conservadurismo propio de los viejos y la inocencia improductiva del niño que no opone resistencia alguna ante los mandatos de lo establecido. Dicho de otra manera: *la juventud es bella en cuanto es consciente de sí misma como futuro factor cultural de la humanidad* (Benjamin, 2007:10). Que este rasgo es propio de la juventud lo demuestra la interminable serie de cambios generados en la historia a partir del impulso juvenil, pues éste no se reduce

a un determinado periodo de años en la vida del ser humano; no se es joven de los 12 a los 19 como comúnmente se cree. Para Benjamin *una persona es joven mientras no haya realizado su ideal por completo* (Benjamin, 2007:12). Mientras se tenga un ideal por el cual luchar, vivir o morir se es joven sin importar la edad que se tenga. Entre el conservadurismo de los viejos, cuya meta consiste en evitar cualquier cambio a toda costa, y la inocencia infantil que, aunque quiere, no tiene los medios ni la fuerza para cambiar lo establecido, se levanta gallarda la potencia de los jóvenes, únicos capaces de hacer avanzar al espíritu en su infinita posibilidad de expresiones o para sacarlo de la condición enferma en que se encuentra.

Benjamin cita al *Hamlet* de Shakespeare para dejar claro el rasgo característico de la belleza de la juventud, quien dice:

*El mundo está fuera de quicio... ¡Suerte maldita!
Que haya tenido que nacer yo para enderezarlo.*

Y más adelante comenta respecto al protagonista: *El mundo le asquea, pero Hamlet no se aparta de él a la manera de un misántropo, sino que tiene un sentimiento de misión: Hamlet ha venido al mundo para ponerlo en orden* (Benjamin, 2007: 10). La belleza de la juventud ha quedado manifiesta en este impulso juvenil vital que hace avanzar al espíritu, que lo dinamiza y lo impulsa a ser constante creación a través del deslinde o la revisión de los viejos valores.

Pero recordemos que la metáfora tiene otro componente, el cual dice: *la bella duerme*. ¿Cuál es la causa del dormir de la bella? En la historia original es la maldad de una bruja que pretende mediante un hechizo dos cosas: una, casarse con el príncipe; dos, adueñarse del reino obligando a la princesa a permanecer dormida para *usurpar su lugar*. Pero, ¿cuál es la causa o las causas del dormir de la juventud en la época de Benjamin? Primera respuesta, *el envejecimiento* o como dice: *ver lo perfecto en lo dado, estar conforme con este mundo tal y como se presenta* (Benjamin, 2007: 12). Los viejos, en su momento jóvenes, lucharon por su ideal, conforme lo fueron logrando se convencieron de ser lo mejor que al mundo podía haberle pasado, bajo esa convicción se aferran a erradicar cualquier intento de cambio; encarnan la conformidad de lo dado, aceptan el mundo tal y como se presenta pues en muchos de sus aspectos es resultado de sus ya lejanos ímpetus juveniles. La esclerosis,

la aridez se apodera del espíritu. Las instituciones creadas por ellos o por generaciones anteriores se presentan como los baluartes de lo “bien” que están hechas las cosas; ya sean sociales, el Estado, el derecho, la moral, la educación como medio de reproducción de lo mismo, entre tantas otras. La juventud es maniatada en sus ansias de cambio por la autoridad, severidad y violencia de los viejos, los conservadores, como la bruja hechicera en la historia, quieren usurpar el lugar que le corresponde a la juventud, vivir su tiempo, para ello buscan por todos los medios sobajar su potencia, mermarla bajo el imperio de la violencia y el descrédito hacia toda empresa dirigida por ella. Asistimos a la momificación viviente del ímpetu juvenil mediante el hechizo violento de sus potencialidades; la bella es obligada a dormir bajo los efectos del somnífero de la violencia. Hasta la más simple manifestación de desacuerdo despierta, en todo adulto, al dictador que lleva enmascarado con el gesto de la gentileza de la autoridad bonachona.

Más lo viejo no es el único enemigo de la juventud. *El pesimismo juvenil resultado de la condición en la cual encuentran el mundo* es otra causa del dormir de la bella. Ciertamente, es la juventud quien logra mostrar de mejor manera la condición absurda de nuestro mundo, porque la experimenta en carne propia. Poseedores de una potencia liberadora no ven en lo social sino una sucesión constante de obstáculos para el ejercicio de su libertad, muchos de ellos sucumben y se resignan a adormir al lado de los viejos, quienes de esta manera usurpan la potencia del espíritu y el tiempo de la juventud.

Sucumbir ante el absurdo, la costumbre o el pesimismo es renunciar a lo más propio de lo juvenil, por ello Benjamin nos recuerda: por malo que sea el mundo tú naciste para enderezarlo. *La bella debe despertar*. Bien es cierto que *en todo joven que piensa –nos dice el filósofo– encontramos el germen del pesimismo*, pero no es menos cierto que éste se convierte en motor para cambiar el mundo, para usar nuestro tiempo en transformarlo, en efectuar el ideal, para revisar los valores del pasado y dar lugar a los del futuro.

El beso del príncipe azul destruye el hechizo en el cuento. ¿Qué es lo que causa el despertar de la juventud? ¿Habremos de esperar un suceso extraordinario? No, ya hemos visto que para Benjamin el motivo, la causa del despertar de la bella lo podemos encontrar en las cosas más cotidianas, en la repetición constante de lo ordinario, en el recurrente recorrido por las calles de la ciudad puede toparse con el relampa-

gucante rayo luminoso, el susurro o el ruido estrepitoso que obligue a la bella a abrir los ojos, a despertar. En el continuo caminar por las calles no pocas son las señales que se presentan; a la mirada distraída le suelen pasar inadvertidas, pero el filósofo no puede hacer lo mismo, de hacerlo estaríamos condenados a la conformidad. El berrinche del niño que se resiste a obedecer ciegamente las ordenes de su madre, el enojo de la novia que no está dispuesta a seguir soportando las imposiciones del novio, los manifestantes que se niegan a ser sumisos ante los designios del gobierno, o la cartulina que muestra un no estar de acuerdo con la hipocresía de una ceremonia solemne como lo es el informe de un dirigente de la universidad son, entre otros tantos, muestra de este deseo de libertad. Podemos o no estar de acuerdo con lo que piden, con la manera de hacer su petición, pero con lo que no podemos estar en desacuerdo es con el deseo, con el afán de desenmascarar lo absurdo de cualquier orden, con desenmascarar la falta de fundamento de cualquier organización social o, como dirá otro gran filósofo, con la conciencia de que todo sentido tiene como único fundamento el sinsentido. Si esto es así no existe ninguna razón para que la juventud se someta al orden impuesto, para que renuncie a su sed de libertad y yazca impotente al lado de la senectud. Quien desacredita los esfuerzos de la juventud por liberarse de la camisa de fuerza de lo social debe empezar a reconocer que ha dejado de ser joven.

La juventud debe aspirar a lo inmortal. Mientras la juventud permanece en el tiempo está muerta en vida. Cualquier presente es resultado del pasado que lo hace posible, en esa medida lo somete, lo obliga a seguir reproduciendo lo mismo, a reiterar el tiempo establecido por las instituciones de lo social, de los antiguos, de los conservadores: jornada de trabajo, hora de comida, tiempo de recreación, de estudio, de reproducción, entre tantos otros que determinan la existencia de los hombres, desde el día en que nacen hasta el día en que mueren; los tiempos del recién nacido son exactamente los mismos del trabajador, porque ambos están inmersos en el tiempo social. Estar en el tiempo social es equivalente a ser un autista de la reflexión. Quien acepta someter su existencia a las necesidades sociales renuncia inevitablemente a su impulso juvenil. De ahí que una de las aseveraciones más contundentes de Benjamin nos señale: *quienes piensan han sabido siempre que el ser humano no vive en ningún tiempo. Lo inmortal de pensamientos y de acciones lo destierra a la atemporalidad* (Benjamin, 2007: 159). La juventud

a través de sus creaciones, pensamientos y acciones debe tender a lo atemporal, romper con la esclavitud forzada a la cual le somete el tiempo social mediante la extracción constante de la savia de su potencia, con la asignación constante de jornadas por cumplir; aún no termina una cuando, para evitar toda posible reflexión o acción fuera de lo establecido, la sociedad le ha impuesto muchas más. El mito de Sísifo se encarna en lo social; la juventud, al igual que el protagonista del mito, nunca logrará cumplir con la tarea asignada porque ésta se reproduce sin cesar, siempre algo más por cumplir. Sistemáticamente cada tiempo asignado hurta lo necesario en la juventud sin llegar al extremo de extinguirla, pero sí lo necesario para que se someta sin reparos.

Se explica de esta manera la urgencia de que la bella despierte, sea mediante el beso, el susurro, el rayo luminoso o la sacudida violenta que le permita salir del tiempo para asumir su potencia atemporal. Benjamin practicó de forma contundente esta potencia juvenil, pues cada vez que estaba a punto de firmar el contrato de esclavitud con lo social, lo rechazaba no huyendo o vociferando, sino más bien, creando algo que atentaba de forma directa contra el sistema de esclavitud. Como ejemplo recuérdese el intento de vincularlo a la universidad como docente.

Finalicemos estas notas tomando impulso en un rasgo de la reflexión benjaminiana, que consiste en la renuncia a la pretensión de establecer la verdad de una vez y para siempre. Más bien, como lo decía, bajo la influencia de la tradición cabalística, el filósofo, como los ángeles, son creados para cantar un momento la gloria de Dios, pero su cantar dura exclusivamente el tiempo de su manifestación para perderse de manera definitiva una vez que concluye. Así, siendo congruentes con esa concepción, la metáfora de *La bella durmiente* no nos permite reflexionar hoy en día sobre nuestra juventud, por ende estamos obligados a buscar otra.

No sin cierto riesgo proponemos: la bella adormilada. Sean estas breves indicaciones un primer acercamiento a algo que requiere mayor reflexión, pero que juegan el papel de directrices. Patente es que, de un tiempo para acá, los mandatos de los padres no son acatados ni por los niños, mucho menos por los jóvenes, en otros términos, la bella ya no está hechizada para dormir por los mandatos de los viejos, no sabemos todavía cómo ni cuándo pero despertó, sabemos que lo hizo para que-

darse adormilada; ni plenamente consciente ni del todo inconsciente de su papel como factor cultural, como cuando a alguien se le despierta en lo más profundo de su dormir, por ello mismo en el momento menos adecuado. Así, en esa semiinconsciencia, creó y actuó buscando su atemporalidad, sin percatarse de que subrepticamente –aprovechando su estado semiinconsciente– lo social se deslizó en sus creaciones y las volvió hueras, las colocó al servicio del usufructo capitalista.

Es doloroso observar el embrutecimiento al cual se somete voluntariamente la juventud. Al dejarse seducir tan mansamente por las modas, la televisión, el internet y los celulares, el espíritu juvenil –refugiado en la apatía y el pesimismo, a causa de su inconsciencia– no se percata de que con eso le está provocando un gran regocijo a lo social, es decir, a lo que goza de ver calcinados inútilmente los ímpetus creativos de la juventud.

BIBLIOGRAFÍA

- Forster, Ricardo (1991), *W. Benjamin-Th. W. Adorno. El ensayo como filosofía*, Nueva visión, Buenos Aires.
- Benjamin, Walter (2007), *Obras. Libro II/ vol. 1*, Abada, Madrid.